



Escritura Creativa Fika 2017/18

# Bloody Mary

Depósito Legal: BI- 1196/2018

Ediciones Manantay  
Serie Escribe Si Te Atreves

**Carmen Camarero de la Torre - Teresa Dacosta Simón - Nilda Diarte  
Aguilera - Sonia Fernández Mardones - Maribel García Rodríguez -  
Begoña Gómez Saiz - Grizzel Mayea Rosa - Mercedes Menéndez -  
Charo Vázquez Alonso - Txema Olleta Ormaetxebarria- M<sup>a</sup> Ángeles  
Villanueva Moreno - Ainhoa Zuluaga Martín**

# **Bloody Mary**

**Taller de Escritura Creativa  
Fika 2017-2018**

**Ediciones Manantay  
Serie Escribe Si Te Atreves**

Título original: Bloody Mary - Taller de Escritura Creativa Fika 2017-2018

Selección de textos surgidos de las propuestas de trabajo realizadas en el Taller de Escritura Creativa, organizado por Mujeres del Mundo - Munduko Emakumeak durante el curso 2017/2018 en los locales de la calle Fika de Bilbao

Primera edición, julio de 2018

© de los textos, las autoras

© del prólogo, Begoña Ibáñez Avendaño y Marisa Arza Murga

© de la edición, Asociación Cultural Manantay

Diseño y fotografía portada: Begoña Ibáñez Avendaño y Marisa Arza murga

Maquetación y corrección de textos: Begoña Ibáñez Avendaño y Marisa Arza Murga

Depósito Legal: BI-1196/2018

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros medios, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

No puede planearse una buena historia;  
tiene que destilarse

Raymond Chandler



## PRÓLOGO

Gorka Larraspe se envolvía la oreja en la solapa de su lustrosa chaqueta de cuadros salmón y verde, mientras las farolas de la Plaza Unamuno reverberaban en la niebla incierta de aquel martes 13 de invierno. Eran las 22:00 h. en punto.

Todo había empezado la mañana del lunes pasado, cuando la inspectora López Portillo le adjudicó la búsqueda del finado o más bien desaparecido Mauro Mújica, más conocido como M.M. Y claro, había aceptado el trabajo... porque el *Ibiza* de hace quince años estaba a punto de palmarla. Pagar la primera entrada en septiembre, ese era su objetivo, su verdad, en aquella plaza casi desierta.

El tiempo se estiraba como una sirena atascada en plena noche, pegajoso, ruidoso y aburrido. Se retocó sus gemelos de Micky Mouse, regalo de su último ligue, y se apostó en el estanco de la calle Iturribide para hacer lo que mejor sabía: sabuesear con los ojos entornados.

Con su bombín negro, John, fichado por la policía hacía dos años, se deslizaba de improviso hacia la calle apañando debajo de su capa una botella de vodka. Los Micky Mouse brillaron un momento en la oscuridad, mientras Gorka sacaba con torpeza de su bolsillo un cuadernillo desorejado y grasiento. *Mmmmm las 22:47 y una botella de vodka*, silabeó mientras apuntaba con su inefable boli bic azul de los chinos.

Una mujer desaliñada de unos 40 años, con claros signos de nerviosismo, comenzaba a subir la cuesta tropezando con la papelera del Museo de Pasos. Parecía ella misma una figura de cera, desmadejada y rota. Se miraron y Larraspe ocultó su jeta rápidamente. Le pagaban por trabajar en la sombra. *Las*

22:55 apuntó en su agenda, siguiéndola hasta el portal número 24. Entre sus manos bailaba alternativamente un saquito blanco. Uno-dos... uno-dos... plaf sonó el saquito en el suelo. Ella lo recogió delicadamente. *Delicadamente*, garabateó Gorka en su agenda.

De la tabernilla *Melilla y Fez* salió Aitor, Gorka lo conocía muy bien, enamorado y dudoso como siempre, con su caballo Apolo tatuado en la camiseta. *Portando en su mano derecha un taper transparente*, apuntó Larraspe en su agenda, *yo diría que son cubitos de hielo. Mmmm las 23:02.*

*¡Coño de reflejos!...* Lehoinabar, a la que había reconocido por las páginas de El Correo, subía corriendo, pasando a su lado como una exhalación, dejando caer unas ramitas de apio a su lado. *Las 23:15 y unas ramitas...*

Gorka se acercó al plato de la fuente de Iturribide. Con un poco de suerte se liaría un cigarrillo, el desmigao, la papelina y el filtro reciclado. Con un poco de suerte, poniéndoselo difícil, dejaría de fumar. *¡Ostias lo he vuelto a encender por el filtro!*, se enfadó escupiendo el tabaco mientras fundía su perfil en la sombra de un nuevo portal. Una niña vestida de señor mayor, se había parado a su lado con un tarrito de... ¡sangre! *Las 23:25... o sería tomate...* atinó a escribir cuando la muchacha se había escurrido en la sombra. *Y se parece a Momo*, Gorka se sonrojó, nunca había confesado a sus colegas su vicio por los clásicos.

*Casi, casi*, se dijo, ocultándose en el bar siguiente, un antro con olor a cerveza mal ventilado. El del bar, vecino de Solokoetxe, lo miró; el chino continuó tirando de luces en la tragaperras.

-Esto... un zurito sin alcohol.

-Estamos cerrando -dijo el de Solokoetxe mirando al chino...-, así que...

Gorka reculó contrariado para apostarse después frente al Eroski. Decidido a coger el último repecho se palpó las llaves en el bolsillo. Primero el cuernillo,

después la cabeza, luego las llaves... *Aquí están, importantes para entrar y salir*, dijo pinchándose con el cuernecillo el dedo gordo de la mano derecha.

Y de pronto otro y otro y otro más... Cogió al vuelo la agenda que ya se estampaba en el suelo: *23:30 y... 31 y... 32 y... 33...* el inspector Fernández y la Merino del brazo, con sendos frasquitos de tabasco, *tabasco*, apuntó; Jo, la mujercita de *Mujercitas*, que sí que la literatura le ponía y no lo quería evitar, con una botellita con salsa worcestershire, Gorka garabateó el nombre, su fuerte nunca había sido el inglés; una mujer con una maleta, sin móvil y con un tarro de rábanos picantes, *ardor de estómago*, se permitió en la nota; otra con una cuchara de palo y unas ramitas de apio moviéndolas a ritmo de jazz..., *a ritmo*, sugirió. Larraspe se pasó el puño por la cara y los Micky Mousse por un momento sudaron con él.

La cuesta pronto se convirtió en subida al Pagasarri después del resacón de Año Nuevo. Y... *Una mujer... 23:43*, volvió a pararse bajo una cornisa, corría libre hacia la puerta MM, sus agujas de punto yacían cuesta arriba en el taller de coches.

-Porque sí, de este año no pasa, este año sacamos La Gabarra -le dijo una madre mientras le adelantaba al subir las escaleras guiñándole el ojo, apretando una latita de cayena, *cayena*, anotó en la hoja.

*Las 23:5...*, pensó Gorka sin apuntar nada.

Un niño le esperaba en la puerta con un cachivache en la mano. *Casi las 24:00* se dijo.

Y así, a media noche en punto, dos puertas, un corredor, otra puerta de cristal... todas las puertas abiertas... entró en el local. La oscuridad más absoluta golpeó el corazón de Larraspe y, un silencio solo roto por los maullidos de un gato, le heló la sangre.



En un instante bulleron por su cabeza fragmentos de lo vivido aquella noche: las 21:00, las 23:00... Mauro Mújica, el Ibiza, Jo, Aitor... y aquello que había visto y apuntado o no en su agenda: la botella de vodka, el taper transparente, el saquito blanco, las ramitas de apio, el tarrito de sangre, la salsa worcestershire, tabasco y aquel otro tarro de rábano picante...

¡S-O-R-P-R-E-S-A! ¡S-O-R-P-R-E-S-A! ¡S-O-R-P-R-E-S-A!

Alguien accionó el interruptor y una estampa de vivos colores sacudió a Gorka. Allí estaba John, el del bombín negro, ahora sin capa, al lado de Carmen; Aitor, por fin tranquilo, descansaba junto a Tere; la mujer desaliñada sonreía ahora recostada en Nilda; Lehoïnabar, ya sin prisa, acompañaba a Sonia; la niña que se parecía a Momo jugueteaba con Maribel; el inspector Fernández y la Merino guiñaban el ojo a una divertida Begoña; Jo miraba y miraba el local bajo los atentos ojos de Grizzel; la mujer con una maleta y sin móvil, libre ya, estrechaba las manos de Mercedes; la mujer con una cuchara de palo sonreía sentada junto a Charo; la mujer sin las agujas de punto parecía feliz con M<sup>a</sup> Ángeles; la madre, de la mano de Ainhoa, se emocionaba convencida de que las chicas del Athletic sacarían la gabarra la temporada siguiente; y el chico, que se hizo hombre en una sola noche, miraba con ojos de niño a Chema.

Gorka comprendió entonces que el finado o más bien desaparecido Mauro Mújica, más conocido como M.M., era el señuelo idóneo para atraer a alguien como él, un enamorado de la literatura, hasta allí, hasta Mujeres del Mundo... Supo también, porque lo había probado, que personajes y autores le ofrecían ahora ese cóctel hecho con sabiduría y mimo, con creatividad y abismos, con picante y dulce; con misterio e ilusión.

Y eso es lo que nos ofrece este libro, este Bloody Mary, nacido de estas escritoras y este escritor en julio de este año de gracia de 2018, en este lugar, Fika, Mujeres del Mundo, del que sí queremos acordarnos.

Marisa Arza y Begoña Ibáñez

## EL DUELO

Carmen Camarero de la Torre

Se atusó el bigote y salió al corredor. El ambiente estaba demasiado cargado por el humo de las velas. El acre olor de la cera junto con el de las personas presentes en aquella estancia mal ventilada le provocaban una especie de sopor, que le invitaba a entrecerrar los ojos con los inevitables sustos cada vez que la cabeza se le inclinaba repentinamente hacia delante. John dio unos pequeños paseos desde la puerta cerrada hasta el perchero lleno de gabanes, capas y sombreros, y regresó de nuevo.

Mary estaba en medio de la habitación vestida de negro con las manos juntas en su catafalco rodeado de velas. El pelo hacia atrás le dejaba la frente despejada. Su color era de una palidez cerúlea y mostraba una expresión plácida y serena. El movimiento de las velas junto con la fijeza de su mirada lograban en la semipenumbra un efecto distorsionador e inquietante en sus pálidas facciones. A intervalos se oía el chisporroteo del pabilo de alguna vela que en su esfuerzo por mantenerse encendida emitía sombras intermitentes sobre la finada, transmitiendo sensación de movimiento.

Los acompañantes al duelo se iban despidiendo. En el perchero solo quedaban dos gabanes y dos sombreros de copa. Richard, se movía inquieto, temía dejar solo a su amigo en una velada tan triste que se auguraba muy larga. Sabía que John deseaba estar a solas con su esposa, despedirse de ella, pero no encontraba las palabras adecuadas que pudieran aliviarle y servirle de consuelo. Se levantó de su asiento y tras volver a mostrar sus condolencias, salió de la estancia. Cogió el sombrero y, cuando se disponía a franquear la

puerta exterior, una ráfaga de aire helado se lo arrebató y se vio obligado a regresar para pedir a su amigo otro prestado.

Cuando John se encontró por fin a solas con Mary, se derrumbó. Soltó todo el llanto contenido; hora ya podía hacerlo, estaba solo, su hombría no podría ser cuestionada. Se abrazó al cadáver regándolo con sus lágrimas y empezó a lamentarse de sus desdichas.

Clareaba y, al no quedarle ya lamentaciones ni lágrimas, la acarició con ternura, diciéndole todo lo que la había querido mientras recordaba los momentos más felices compartidos. Tras cerrar la tapa del féretro apagó todas las velas, una por una, y se puso la capa y el sombrero de copa saliendo a la calle para perderse entre la niebla londinense.

## LA INQUIETUD

Teresa Dacosta Simón

Plantado ante el escaparate, deslumbrado por el brillo dorado de sus abalorios, intenta escoger un detalle que impresione a su reciente novia, Tania. Al momento, su mirada queda prendida de un camafeo con aquel caballo blanco de nácar. A su memoria acude el recuerdo de su abuelo y aquella historia mil veces repetida de su entrañable caballo, Apolo, que tanto le ayudó a superar aquel episodio triste de su vida de destierro en una granja del sur de Francia.

«Según contaba el abuelo, Apolo era el animal más noble, fuerte y valiente que se podía imaginar. Montado sobre su lomo se sentía con el triunfo del guerrero, como un príncipe aclamado por su pueblo. Cada mañana acudía al establo y mientras le colocaba la brida para el recorrido por la hacienda, le susurraba al oído sus angustias y anhelos, y la mirada de Apolo le confortaba y le infundía una energía inexplicable. Entre ambos se creó un vínculo de admiración y respeto.

«Cuando el abuelo regresó a su país, la separación supuso para ambos una prueba difícil de superar. Apolo, sumido en la tristeza, tardó tiempo en dejarse montar y su mirada estaba tan perdida como la del abuelo, abatidos ambos por la separación.

Aitor, fascinado por ese recuerdo, entra en la tienda y, sin dudarlo, compra el camafeo, aunque el precio le obligue a reducir sus gastos si quiere llegar a fin de mes. Sabe que con este obsequio impresionará a Nadia, esperando transmitirle los sentimientos que su abuelo le hizo sentir con la historia de Apolo, dando lugar así a un paso definitivo en su relación. Sin embargo, la

inquietud, mientras espera a su novia, se apodera de él... ¿Y si Nadia no entiende todo lo que para él significa este regalo?... Solo es un camafeo en el que él ha incrustado un mensaje de admiración, de lealtad, de fuerza. Nadia le gusta mucho, y en ella ha puesto sus esperanzas. ¿Captará todo el mensaje que lleva prendido este caballo de nácar?... Aitor alza los ojos pidiendo ayuda al abuelo, y entonces el valiente guerrero destierra su miedo. Sabe que tan solo aceptará por compañera a la mujer que sea capaz de descifrar el mensaje del caballo blanco.

## LA NADA (Soliloquio)

Nilda Diarte Aguilera

*Una mujer desaliñada de unos 40 años, con claros signos de nerviosismo, en la acera de una Comisaría.*

A lo mejor entro en un rato, voy a pensar bien lo que voy a decir, voy a intentar ordenar los hechos y las palabras, porque si entro ahí y empiezo con el lloriqueo... ¡Me da una rabia! No tiene nada que ver con soltar la emoción..., con pretender ser o aparentar una fortaleza..., no, lo que se ve es debilidad, y eso me da una rabia, y es que lloro de rabia muchas veces. Ahí está ya la llorica... ¡Dddddddddd...! Entonces voy a entrar llorada, así que si me ven que lloro ni caso, me estoy preparando, entrenando, ensayando... (*Se estira la falda, se peina con las manos, se acomoda el jersey*). Es que salí casi corriendo... casi no, salí corriendo, apenas lo decidí, salí, no sabía adónde ir tampoco, no lo tenía nada claro, lo único que tenía que hacer era salir de ahí, lo único... ¿A la de la tía Pepa? No, es muy mayor ya. ¿A la casa de mis padres, que ahora solo está mi padre y qué me va decir? Aguanta. hija, aguanta, porque adónde vas a ir.... Me diría algo así, y si yo le digo: ¡pues aquí! Estoy viniendo aquí a pedir ayuda y me dice: ¿adónde vas a ir?... Cómo si las personas perteneciéramos a un lugar y solo a un lugar, porque si huimos del sitio de donde se supone que tenemos que estar, incomoda, como si fuéramos una pieza equivocada de un puzzle... ¿Y qué haces aquí? Quédate en tu sitio, no molestes, no nos hagas preocuparnos por ti, porque ya tenemos suficiente con fingir que nosotros estamos a gusto, nos aguantamos, por qué no haces tú lo mismo y te quedas tranquilita en tu sitio. ¿Tengo más sitios adónde ir? Tampoco es que aquí me darán una solución, eh, no crean que me fío de estos, lo que pasa es que queda

escrito, sí, y lo que queda escrito algún valor tendrá... ¿no? Por eso vine (*se asoma a la puerta y mira hacia adentro*). Pero no tengo prisa, hay tres personas, cuando vaya saliendo alguna... (*vuelve a arreglarse la ropa, se acomoda el pelo*). Por salir así, a la desesperada..."Como te ven, te tratan", lo dice la Mirta: "Como te ven, te tratan, y si estás mal, te maltratan"... ¡Y es verdad! Será por eso que te encuentras con alguien en la calle y saludas y preguntas: ¿Qué tal estás? ¡Estupendamente! Y no repreguntas porque por ahí te cuenta, a la gente no nos apetece oír miserias, entonces dices: ¡Pues qué bien! ¿Y tú? Todo bien, todo en orden, y ni se miran a los ojos, porque los ojos no mienten tanto. Mienten menos, y hay todo tipo de miradas, felices, alegres, penetrantes, incisivas, tristes, inquisidoras, desconfiadas, enamoradas... ¡Y son miradas! Imagínense que nos atreviéramos a poner palabras a nuestras miradas... ¿Cómo sería? ¿Cómo sería la mirada del oficial, del poli?... Podría ser correcta, una que muestre interés, una mirada que diga: pasa, siéntate, te veo jodida, algo te ha pasado, estás asustada, te escucho. O también: ya está aquí una más, una de esas feministas que se ha creído lo de los derechos y la igualdad... A ver ¿qué te ha pasado? Despectiva, una mirada de desprecio, apresurando porque no tiene tiempo para esto, no ha sido un asesinato, no estás muerta, ¡de qué te quejas! Eso, ¿de qué te quejas? No te quejes por nada, ¡aburres con tus quejas! ¡Tendría que haber ido a la Comisaría de la mujer, y que se fastidien! Porque les fastidia que vayan más mujeres ahí que a la que te corresponde por donde vives (*bajando la voz*), los pones en evidencia, que son unos inútiles, que si no vienes con un cuchillo de cocina clavado en la espalda o en el pecho no es para tanto. ¡Loca! Debo parecer una loca, ha pasado con la compra la Juani y ha mirado a su móvil para no saludar, pero me ha visto, sé que me ha visto, y me habrán visto más mujeres conocidas que incluso habrán escuchado mis gritos y ninguna me ha preguntado si estoy bien... ¿Y yo? La



verdad, iría a socorrer a alguna ¿o mejor no meterse? La Comisaría de la mujer queda muy lejos y si tengo que subir al autobús por ahí cambio de opinión y me tranquilizo, y ya no hago nada y ya no hago que quede por escrito una injusticia y ya no puedo más (*suspirando*). Cuando juntas un poco de coraje, algo de valor que no has sentido antes, y aún con el susto en el cuerpo es que tienes y quieres buscar ayuda... pues aquí mismo, ¿que te aburre?... Te jodes. Te muestro el brazo y la espalda por si no es suficiente que me veas la cara, ¿me ves la cara? ¡Mira mi cara! ¿No te dice nada mi cara? ¿Es que no hay compasión? No me importa que me miren y digan con la mirada: ¡Pobre, cómo estás hija! También alguien podría decir: has hecho bien al salir así con zapatillas, con el móvil, la barik y las llaves ¿quieres que me quede contigo? ¡He traído las llaves! Las llaves de la casa adonde no quiero regresar, pero por si no tuviera otro sitio adonde ir, y tuviera que regresar... (*Mira las llaves como si las viera por primera vez y luego las tira*). Mire agente, no tengo adonde ir, me he quedado sin casa, sin llaves, con lo puesto, ni mis zapatos tengo, no tengo nada, tengo mi vida, que para usted no será mucho, pero es todo lo que me queda, eso es lo que le voy a decir, ahora, cuando entre, voy a entrar, ahora mismo, a ver qué pasa, no lo sé, no sé lo que puede pasar, pero que quiera cuando yo no quiero, que me peguen, que me insulte, eso ya no va a pasar (*se seca las lágrimas con la mano*) APAGÓN.

## LA NATURALEZA DE LA EXISTENCIA

Sonia Fernández Mardones

Lehoinabar estaba enfadada, el inútil de su marido había aceptado sin protesta alguna la tierra árida que les había tocado en la concentración parcelaria. Otro cantar hubiera sido si ella hubiese podido estar.

Su pueblo hacía las cosas de otra manera; llevaban siglos defendiendo su territorio de patrón ajeno, lo llevaban en la sangre y ella, además, en su nombre, nombre que había tenido que abreviar ante la dificultad de los castellanos para pronunciarlo, la traducción era pantera y a ella la llamaban Pan, que sonaba a fiera domesticada.

Sí, estaba enfadada, muy enfadada, pero el trabajo era lo primero y allí estaba ella, ojeando ese suelo cubierto de trigo viejo y agua de la que hasta el horizonte lejano parecía querer escapar. Pero ella no, ella estaba allí, dispuesta a enterrar su enfado en cada surco, a abonar esa maldita tierra con el sudor de sus ancestros, esta vez más convencida que nunca de que sería la última vez. Así que, después de ese esperanzador pensamiento, arrancó un irrintzi y el tractor gritó. Estuvo gritando nueve horas al día durante siete días que duró el agotador trabajo de levantar el ánimo a esa finca, que parecía ceder con cada estría al cauce de su destino. Cuando terminó, todavía en su tractor, orgullosa, oteó el horizonte. El sol a su lado comenzaba a ponerse, posando sus últimos rayos, ausente de cualquier actividad mostraba la versión más sacra de su presencia.

Lehoinabar pudo alejarse por un momento de los pensamientos que la atormentaban, disfrutando de la ligereza que producía contemplar un trabajo bien hecho, cuando le pareció ver una mancha oscura, como si una nube

hubiese anclado su sombra en la tierra, aunque el cielo estaba immaculado. Bajó del remolque, necesitaba verla de cerca, no entendía porque su corazón palpitaba con más fuerza a cada paso, como si se estuviese dirigiendo a una cita. Llegó, no vio nada, pero... ahí había algo y la voz de su amama estaba de acuerdo. Volvió a por el tractor para cavar más y más hondo hasta que... los encontró.

Tres horas tardaron el forense y su equipo en llegar para hacer el delicado trabajo de no romper más los huesos, de no ensuciar la escena del crimen, y fotos y rabia, y más fotos y más rabia.

La boca seca de Lehoinabar dejó de cantar, todo se paralizó porque lo que encontraron superaba a cualquier poema ya escrito como un poderoso sortilegio; el corazón todavía ileso de uno de los asesinados hizo latir con más fuerza las entrañas de todos los que lo contemplaron, convencidos que aquello transcendía la ciencia del pensamiento y lloraron juntos por sentirse acreedores de tanta resistencia.

Mientras tanto a 1500 Kms. de allí, una mujer despierta confusa en medio de la noche. Su viejo corazón ya no es viejo, es una niña que escucha cómo su padre le regala a su esposa los versos recién escritos poco antes de que se lo llevaran.

“Y por fin en un océano de irremediables huesos, tu corazón y el mío naufragarán”.

Hacía mucho que su padre no la visitaba, su hija sí, ella venía a diario, sentía sin necesidad de verla como crecía. Tres meses la tuvo en sus brazos antes de que se la robaran, suficiente para convertirla en eterna guerrilla.

Pero esa noche había venido su padre, ahí estaba delante de su sueño, ofreciendo su corazón que sujetaba su mano izquierda y en la otra una mujer lo

contemplaba. Su cara tiznada de fresca tierra regada por ríos de lágrimas, iluminada por flashes de fotos y rabia.

La reconoció, le agradeció. Reafirmando una vez más la naturaleza de su existencia.

## LIGEREZAS REFLEJAS

Isabel García Rodríguez

El martes por la tarde, después de un arduo y exhaustivo examen online... decidí que me debía de quitar el stress acumulado. Resolví ferozmente que no volvería a sufrir de esa tensión. Quise querer que la exposición de ponerse en valor ya no me correspondía. Deseé tanto querer de verdad no querer hacer exámenes, que me metí en la cama con la bonita idea que nos habían prestado las profas-jefas de buscar un libro imprescindible en nuestra vida. Comencé haciendo una lista mental de los maravillosos libros que he disfrutado en mi vida y me dormí...

“Estoy rara”, pensé al levantarme el miércoles. “Bastante rara”, concluí. Sentía que mi cuerpo estaba ligero, muy ligero... pero mi cabeza no me dejó incorporarme al primer sonido de la alarma. Lo dejé sonar rato y rato mientras pensaba en mis sueños... Raro, pero no recordaba ni uno. “¡Qué raro!”, me volví a decir.

Para el baño me tocó hacer cola. Mi alarma había despertado a todos. Era la segunda del baño pequeño, detrás de la peque. Al salir ella a toda prisa le di un beso de buenos días de refilón y percibí en mí una ligereza inusual. Se volvieron a la cama, ella y todos los demás, precipitadamente. No era aún su hora. Quietamente e intencionadamente recogí sus estelas de prisa del pasillo... me aligeraban... y con aquella inusitada liviandad me desayuné un copioso tazón de cereales con gran tranquilidad. Aunque era miércoles, el día más ajetreado de coladas, tirar basuras, preparar bocadillos y.... Mi cuerpo seguía frente a la taza del desayuno laxo, laxo como si alguien o algo me hubieran robado las prisas.

Sin mirar ni el reloj ni al eguraldi del móvil me vestí. Lo hice mecánicamente con lo primero que encontré en la silla de la habitación, y con el bolso que colgaba en la entrada salí de casa sin ninguna referencia de las que usaba habitualmente: no sabía si llovía o... Por las escaleras me sentía rara: impalpable y muy ligera. En la calle, invisible entre gente que caminaba cabizbaja. En el cielo surcado por aviones el gran sol. En los árboles... multitud de trinos de anónimos pájaros madrugadores... Y en el parque, corredores urbanos sudando... Pasé a paso poco pesado el recorrido hacia el trabajo y, en el banco de madera que está junto a la escalera del Puente Euskalduna, olvidado estaba un libro. Fisgué la portada. Parecía una niña. Era una niña con vestimenta de viejo. Parecía un libro infantil. “Momo”, se llamaba... y lo birlé. Mientras lo hojeaba y hojeaba, el crepitar de los pasos rápidos de los corredores bajando los peldaños metálicos aligeraban los míos en la subida de la escalera. Me sentía especial pues cuanto más rápida iba la gente con la que yo me cruzaba, menos sentía yo mi cuerpo. ¿Qué le sucedía a mi cuerpo? En la explanada de San Mamés empezaba mi cuerpo a tener más “cuerpo”... y animada por el volar al ras de mi cabeza de un pájaro, miré hacia el cielo. Un centenar de pájaros en bandada me envolvió y me volvió transparente... No lograba explicarme qué me estaba sucediendo. Ligera, laxa, invisible... Aquel vertiginoso volar de las aves me había privado de mi peso, de mi cuerpo, de mí. Las prisas de los míos, las velocidades de los sudados corredores, las aves. Fiché sin controlar la hora y me dirigí a mi puesto con la certeza de que mis compañeros apreciaban mi turbación. Me senté inquieta en mi mesa y al de un rato, un buen rato, oí que mi compañera me decía.

-Chica... ¿pero de dónde has salido que no te he visto llegar?... ¿Pero qué te has puesto? Pareces una niña vestida de señor mayor... Te pareces a la niña de la portada del libro que traes...

-Sí.-le dije- hoy vengo de MOMO.

## EL ROMANCE DE LAS ESDRÚJULAS

Begoña Gómez Saiz

-Me viene bien, la escribo en mi hoja.

Con estas palabras el inspector Fernández colgó el teléfono a Merino, la lingüista que colaboraba con la policía en los crímenes con texto. Al tiempo que yo pulsaba el botón del ascensor del último piso para llegar al lugar de los hechos, Fernández abrió su libreta de cuero, la que utilizaba en las investigaciones importantes, y garabateó triunfal: “Palíndromo”, luego se giró hacia mí.

-Mire González, mire lo que ha hecho esa mala bestia. Y, además, con acertijos -dijo abriendo en su móvil una foto de la escena del crimen.

Lo primero que vi fue una frase escrita en el espejo que hacía de cabecero: *Se corta Sarita a tiras atroces*, una descripción literal de lo que yacía más abajo, sobre la cama.

La lectura me trajo de vuelta el croissant y el café a la boca, y el reconocimiento de Sarita me hizo echárselo calentito a la cara de Fernández.

-Joder, González, contrólese hostias, que ya tenemos bastante mierda ahí arriba, -me espetó golpeándome.

-Es que conozco al asesino, inspector. Es Mahillo, un compañero del Taller de Escritura, un apasionado de las palabras raras y con, a la vista de lo sucedido, muy mal perder. Lleva meses construyendo palíndromos y poemas de amor a base de esdrújulas a Sara, la de la foto. Y esta, negándose hasta a mirarle. Supongo que se le acabó la imaginación para conquistarla y cortó por lo sano.



-Me cago en la leche González, no sabes lo que me alegra ahora que vayas a escribir rimas y chorradas de esas. Porque -dijo poniendo su mano aún con vómito sobre mi hombro-, seguro que estás en lo cierto.

Cuando el ascensor se detuvo en el undécimo y último piso, no nos quedaban dudas: en un abrir y cerrar de puerta habíamos resuelto un asesinato.

## MUJERES DEL MUNDO

Grizzel Mayea Rosa

No soportaba continuar en mi cuadrículado encierro entre líneas. Louisa May Alcott, la autora de “Mujercitas”, me pensó resuelta, independiente, con un aire un tanto rebelde y varonil, algo que no se correspondía con la época en que fui concebida. Me negaba a aceptar que el mundo se redujera a un entorno de páginas perfectamente encuadradas que narraban una bonita y revolucionaria historia y decidí escapar, esta vez a Bilbao, intentando descubrir nuevos horizontes.

Esperé a que anoheciera, aparté con fuerzas los folios que me aprisionaban y tras sobrevolar el Atlántico, llegué a las tres de la tarde de un viernes trece a mi destino. Después de visitar el Guggenheim, anduve por la Gran Vía topándome a mi paso con una multitud de transeúntes que iban y venían. Continué mi andadura e hice una pequeña escala en el Puente del Arenal construido sobre la ría de Bilbao. Fue maravilloso contemplar el vuelo de las gaviotas sobre sus aguas, signo inequívoco de que había vida en él. A continuación me encaminé hacia el Casco Viejo, pero antes me detuve en el parque del Arenal y me senté en un banco de madera en el que alguien había olvidado varios libros entre ellos uno de poesías de Ángela Figueras Aymerich. Lo tomé en mis manos, leí la reseña biográfica y supe que había sido una escritora bilbaína considerada una de las principales figuras de la denominada poesía desarraigada de la primera generación de postguerra española. Lo abrí al azar y leí dos de sus poemas: “El cañaveral” y “Éxodo” ambos dedicados a mujeres, el primero denunciaba una violación, el otro trataba sobre una mujer

que corría bajo las bombas con su niño en brazos buscando un lugar seguro donde amamantarlo.

Al cabo de un rato, una joven con falda muy corta y botas altas que parecía hablar sola se acercó, cogió uno de los libros y dejó en su lugar una revista, su título: “Mujeres del Mundo”. Esperé a que se alejara y la hojeé. Toda ella estaba llena de artículos muy interesantes escritos por mujeres. Me di a la tarea de indagar y fue así como supe que existía una asociación con el mismo nombre que radicaba en la calle Fica nº. 5, interior, cuyo fin era promover a la mujer y potenciar el intercambio entre mujeres de distintos países. Decidí ir hasta allí. Por el camino vi a muchas otras personas, que al igual que la joven de falda corta y botas altas, parecía que hablaban solas. Vi algunas jovencitas de vestuario variopinto con los cabellos simulando una gran cresta de color verde o azul. Vi locales a lo largo y ancho de la calle Iturrubide en los que vendían refrescos y bebidas alcohólicas de libre acceso para ambos sexos, algo inaceptable en mi época. Vi pasar asiáticas, africanas, bilbaínas y latinoamericanas, todas ellas perfectamente integradas en un Bilbao moderno, cosmopolita... Y, en ese interín, llegué finalmente a la Calle Fica. El número 5 correspondía a un viejo edificio de apartamentos. Miré el reloj, eran las seis y treinta de la tarde, entré en él y fui hasta el final de la planta baja donde había una puerta de hierro que empujé al mismo tiempo que preguntaba:

-¿Hay alguien aquí?

Repetí la pregunta y al no obtener respuesta me dirigí hacia un salón rectangular en el que más de una docena de féminas escuchaban atentamente a una de sus compañeras que leía un hermoso relato, seguidamente otra leyó un poema y dos de ellas un cuento... Fue sencillamente mágico, mas por lo general todo lo bueno es efímero y una hora después se acabó la magia, se apagaron las luces y el local quedó vacío, y yo, muy a mi pesar retorné a mi

cuadrulado encierro entre líneas, pero feliz al ver cómo habían cambiado los tiempos.

Mi papel en *Mujercitas* era escribir y procurarme un lugar en un mundo hecho a medida de los hombres para vender lo que escribía y ayudar a mi familia, ellas en cambio escribían libremente, sin limitaciones, sin cortapisas, escribían sin más y... lo hacían muy bien.

## AMANECER EN EL MAR

Mercedes Menéndez Aguirre

La maleta en la puerta. Las llaves sobre la cómoda. No le dejo nota de despedida. No puedo ni con una bronca más. El móvil, no sé que hacer con el móvil. No quiero ser localizada por esa tecnología invasiva, pero sí poder hablar con mis amigos en cualquier momento si lo necesito, si los echo de menos.

Al cerrar casi me arrepiento. Son demasiados años juntos... ¿juntos?... En realidad, yo en casa y él por ahí, “mi profesión es muy exigente”, recuerdo sus palabras. Siempre sola. Recojo la bolsa del suelo y bajo las escaleras. Me paro en el portal y miro los peldaños con nostalgia. “Adiós” digo en voz alta y salgo a la calle.

La luz me obliga a entrecerrar los ojos, a fruncir el ceño. Enfrento mi nueva vida con gafas de sol, con zapatos cómodos, con mi bolso cruzado golpeando la cadera y una pequeña mochila colgada en los hombros. ¡Poca cosa, mucho por delante!

Camino por la acera, pegada a la carretera, nunca me ha gustado hacerlo bajo los balcones, por si acaso... Cruzaré el parque y, si está permitido, pisaré la hierba blanda en vez de la vereda empedrada. Quiero hacer lo que nunca me han permitido. “Prohibido pisar el césped”. Afortunadamente en este parque se puede caminar por lo verde, sentarse a la sombra de un árbol, besar y abrazar a quien quieras tumbado sobre la hierba y a la vista de todos. ¡Libertad! O por lo menos, un poquito.

El aire me trae el ruido de la ciudad, las voces, los motores, la música que sale de los locales o de alguna ventana, también los olores de los perfumes de

la gente que pasa a mi lado, un cigarro encendido, un café recién molido, el pan que sale del horno, un guiso familiar y el aroma de la arena de la playa en un día de fuerte marejada.

El mar me atrae por su sonido, el olor, el color... Siempre me ha serenado la cabeza y el corazón. Ha sido mi mejor colega, el que ha escuchado mis pensamientos, mi confidente de amor y desamor, el que ha refrescado mi cuerpo y mi corazón en momentos de esperanza y desesperanza. Su compañía me ha ayudado a seguir adelante. Ahora lo necesito más que nunca. Observo barcos en la lejanía, como pequeños peces de colores sobre el azul del mar. Sé que al atardecer volverán al puerto, a recogerse, a casa.

La nostalgia me llena el cuerpo de inquietud ¿Y yo? ¿A qué puerto llegaré? ¿Cuándo me recogeré? ¿Dónde está mi casa?... Me digo que hoy, por fin, he conseguido librarme de las ataduras, de las obligaciones, de lo convencional, de la tristeza, del aburrimiento, de no ser amada, de no amar. Hoy, por fin, he elegido mi camino y además, con muy poco equipaje.

Mis pies pisan la fina arena, fría, húmeda, pegajosa. La espuma llega a la orilla como puntillas blancas de un vestido de novia. El viento alborota mi pelo y mis sueños. ¡Todo sensaciones! Las que he tenido adormecidas durante un tiempo. Hoy, por fin, he despertado.

Buscaré un lugar en el que sentirlo todo: la tristeza y la alegría, la soledad y la compañía; en el que observarlo todo: lo bello y lo feo, la luz y la oscuridad; los diferentes matices del color, desde el brillo a lo difuminado; lo tocaré todo; lo escucharé todo... No quiero prescindir de nada, de nadie...

Hoy me esconderé a la hora del ocaso en un lugar tranquilo. Hoy cerraré una etapa. Hoy se convertirá en pasado. Mañana saldré al mundo y se convertirá en mi presente porque “el ayer” ya no existirá y “el mañana” tampoco.

Solo quiero despertarme con el rojo del sol en el horizonte negro azulado.  
Solo quiero amanecer con mi propio mar.

## JARABE DE MENTIRA

Charo Vázquez Alonso

Con la cuchara de palo remuevo el fondo de la cazuela. A la vez, suena en la radio una música que acompasa a los ingredientes de un guiso tan familiar para mí. Las horas van pasando entre movimientos de cuchara y un jazz de fondo que mueve también mi interior.

Enfrente de mí las baldosas cuadradas de quince por quince, de blanco antiguo, que en otro tiempo lucían engalanadas, hoy tan solo conservaban una pegatina de la pantera rosa. Mi preferida. A saber por qué había sobrevivido tras años de intenso estropajo. A saber por qué mi madre la fue esquivando para conservarla, a saber si quiso conservar de esa forma mi niñez, a saber...

Fue un día de patio de colegio y Donuts en el recreo, de miradas prohibidas a los niños del patio de enfrente, de sonrojo momentáneo cuando mis amigas, entre risas nerviosas, señalaban al pasar al chico que sabían que me gustaba. De faldas cortas y medias hasta la rodilla, de juegos escondidos además de prohibidos. Fue esa tarde sí, ni más larga ni más fría que otras, cuando regresé a casa para hacer una vez más una receta con mi madre. Las escaleras de terrazo negro las subí de dos en dos, con prisa de amor culinario.

Papá hacía tiempo que nos había abandonado, sin embargo ese día estaba allí. Escuché detrás de la puerta su voz con sus mentiras a gritos, sus perdones de conveniencia, el estrépito de la cazuela de nuestras tardes culinarias al caer al suelo. No tuve prisa de entrar. Me escondí en el rellano superior de la escalera dejando pasar el tiempo. Sin embargo, no duró mucho su visita. Llamé a la puerta y mamá la abrió con una sonrisa impostada en su boca. Con ella depositó un beso de bienvenida en mi cara.



Sin hablar cogió la cazuela del suelo limpiándola de restos del coscorrón, que ahora la hacía un poco más fea pero más nuestra y, con suma lentitud, la puso sobre las llamas azules. Pusimos la música más alta, para no escuchar los pensamientos trotando a galope en nuestras cabezas, y comenzamos con un poquito de mantequilla que iba fundiéndose en el fondo. Le añadimos un poco de cardamomo, comino y canela, un litro de leche y un poquito de sal. Cuando se calentó añadimos unas bayas rojas y una medida de gotas de belladona adecuada. Lo dejamos cocer lentamente dos horas. Tan solo quedaba la dosis necesaria de ginebra para darle el olor a alcohol, con el que un adicto al abrirlo se sintiera seducido irremediabilmente por él. Lo demás era cosa de mi madre, que al siguiente día esperaba la visita papá.

Lo encontraron debajo de la ventana de nuestra cocina. Atravesado por las punzantes puntas de flecha, que inocentemente adornaban la valla del jardín de mi casa. Él despedía un intenso olor a alcohol. Mi madre le curó su crónico catarro de golpe, tan solo lo invitó a aquel jarabe tan familiar para calmar su tos de fumador empedernido. Nadie dudó del hecho de que un alcohólico cayera al vacío en su estado.

Solo aquel detective tuvo débiles sospechas, por lo que se presentó en casa pasados unos días. Mamá y yo cocinábamos casi felices. Contestamos a sus preguntas muy sinceramente sin dejar de remover la cazuela familiar, cuando se marchó insistimos en que se llevara un poquito de nuestra guiso, que a él le había seducido por su aroma, aderezado a última hora con jarabe de mentira. Imposible negarse ante las perspectivas de la cena de un soltero solitario. Nunca supimos más de él, nunca regresó para darnos su opinión.

Había olvidado aquella receta, ahora ya la cazuela se pega en el coscorrón renegrido por oxido del desuso. La cuchara de palo remueve la música con mis pensamientos. Llaman a la puerta y no quiero abrir. Pero sé que si no esto no

acabará nunca. Tras mis ojos nublados por las lágrimas, parece bailar la pantera rosa sobre las baldosas de quince por quince.

## EL SUSURRO INFANTIL DE LA NOCHE

Txema Olleta Ormaetxebarria

Martín bajó la escalera y se dirigió a la puerta. Echó una última mirada a la casa desde el vestíbulo y, arrastrando su pequeña maleta, salió a la calle mientras su madre, a su espalda, cerraba con llave la mansión. Se metió en el coche y se quedó mirando por la ventanilla trasera mientras el vehículo se alejaba lentamente por el camino de gravilla que llevaba a la carretera.

Los recuerdos de los dos últimos años se agolparon en su mente infantil. Aquel 21 de febrero en el que tuvieron que trasladarse al Valle, cuando a su padre le diagnosticaron un cáncer galopante y le dieron varios meses de vida. Entonces toda la familia se mudó a la mansión que sus abuelos poseían en el Valle del Jerte. Aire puro, naturaleza, sol... fue la prescripción médica para su padre. Y un incensario, propiedad de su tatarabuelo, que su madre se había empeñado en que su padre llevara consigo: “para limpiar el ambiente de las malas energías”, le había oído Martín siempre a su abuela. Y si la abuela lo decía, sería por algo, porque en esos temas las mujeres son más sabias.

El tiempo en aquel hermoso valle transcurría plácidamente, como si la enfermedad fuera a pasar de puntillas sin detenerse. Cada noche, Martín oía desde su cama el suave murmullo de las hojas de los cerezos mecerse por la brisa del valle, y en su susurro le decían que su padre no se iría nunca. Cada mañana, al despertarse, corría hasta la habitación de sus padres y asomaba la cabecita para comprobar que su padre seguía allí. Este le miraba sonriente y le guiñaba un ojo, mientras Martín se acercaba mirando embobado el hilito de humo que salía de aquel cachivache lleno de agujeros, colocado en la mesilla,

junto a la cabecera de la cama. Martín tenía la convicción de que mientras aquel humo saliera de allí, todo iría bien.

Así transcurrían los días. El padre de Martín cada vez salía menos de casa y, cuando lo hacía, no se alejaba mucho de ella. Sin embargo, Martín, ajeno al deterioro físico de su padre cada vez más evidente, se conformaba con que el incensario siguiera soltando aquel humo perfumado, señal de que todo iba bien. Pero una noche las hojas de los cerezos no le susurraron a Martín. El chico no se durmió en toda la noche. Oyó movimiento en la casa, carreras apresuradas por los pasillos, voces apagadas. Martín se acercó descalzo y de puntillas hasta la puerta de la habitación de sus padres y asomó la cabecita, con temor. “¡Buf!” suspiró, allí estaba el incensario echando su humillo y se volvió a la cama tranquilo, y aunque la brisa del valle no le hablara a través de las hojas de los cerezos, esa noche, antes de que amaneciera, se durmió cansado.

A media mañana del día siguiente, cuando se despertó, el silencio envolvía toda la casa. Un silencio extraño, lleno de una oscuridad pesada. Corriendo se acercó a la puerta de la habitación y el corazón le dio un vuelco. No había humo, el cachivache lleno de agujeros había desaparecido. Solo quedaba un penetrante olor. Asomó más la cabecita y vio la cama vacía. De inmediato empezó a gritar: “¡¿Quién se ha llevado el incensario?!... ¡Ahora mi padre no podrá volver!”. Su madre se acercó corriendo y le rodeó con sus brazos intentando calmarlo, pero Martín no paraba de gritar que alguien buscara el cachivache que echaba humo... Y de pronto lo entendió todo... por eso esa noche las hojas de los cerezos no le habían susurrado, porque sabían que esa noche la muerte había decidido no pasar de puntillas. Esa maldita se había llevado el incensario y con él, a su padre.

Durante varios días, Martín buscó infructuosamente el incensario. Un mes más tarde, su madre decidió que era hora de volver a la ciudad. Ahora, sentado

en la parte trasera del coche, mientras este se alejaba del valle, sintió de nuevo cómo las hojas de los cerezos le susurraban.

## EL SOLLOZO Y LA ESPERA

M<sup>a</sup> Ángeles Villanueva Moreno

Amanece, la niebla cubre Bilbao. Las sombras van desapareciendo mientras la noche cae para dar paso al día. Son las cinco de la mañana y Carmen va muy abrigada para que no le traspase la humedad de ese día gris que se presagia en el bocho.

En realidad, hoy es un día más de esos veinte años que lleva yendo a su trabajo en ese puesto de frutas del mercado de la Ribera. Veinte años han pasado desde la fatídica noche en la que él desapareció sin dejar rastro. Tan solo una triste nota: “Os quiero y volveré”.

Volver... ¿de dónde?... ¿cuándo? Y... ¿mientras tanto? Tres niños y un préstamo por pagar, es todo lo que le dejó. Gracias a su suegra el trabajo no le faltó. “Tranquila, hija, ven a ayudarme al puesto”. Pero la sensación de orfandad, de abandono, de incredulidad ante los hechos, se le incrustó, le perforó no se sabe si el corazón o el cerebro y solo supo sollozar y esperar. Sin vislumbrar ninguna luz, cuando la ansiedad la ahogaba lo único que la calmaba era hacer punto. Jerséis, calcetines, gorros, bufandas... para los niños, para su suegra, sobrinos, hermanas, cuñados... Quintales de punto para calmar esa soledad y seguir esperando.

Un año tras otro fue añadiendo colores y letras a sus trabajos: “Te necesito, ¿dónde estás? Te esperaré”. Pero él no volvió y ella siguió tejiendo. Más, a base de tiempo, poco a poco, esa mujer fiel, refugiada en una perpetua espera e incapaz de tomar decisión alguna, empezó a sentir que algo iba resquebrajándose en su interior y a dejar de reprocharse ser la causa de que su marido se fuese de viaje.

Con el paso de más años, hoy sus dudas se han vuelto esperanza y su tristeza por el abandono en odio por quien la abandonó. Lo tiene claro, la espera la ha hecho fuerte y empieza a estar segura de que si volviese él no sería quien ella estaba esperando. Enamorada de fantasías pasadas, con el tiempo ha descubierto que él ya es un fantasma.

Ander ya la ayuda en su trabajo que ya es suyo al jubilarse su suegra, Amaia ha creado su familia y se ha ido y Jon, el pequeño, estudia en el extranjero. Hace poco que han renovado el mercado y su puesto ha quedado más grande y bonito. Al mismo tiempo ella siente que también ha tirado sus murallas y su interior ha quedado mucho más luminoso.

A pesar del frío y de ser lunes hoy está contenta, después de veinte años de espera y sollozos ha sido capaz de irse de fin de semana con Carlos. Tenía miedo, mucho miedo y se llevó el punto, por si acaso, pero cuando sintió el roce de Carlos sobre su cuerpo supo que por primera vez era ella, solo ella. A la mañana siguiente rompió las agujas.

El día sigue frío y gris, el mercado se va llenando de gente y bullicio, se quita el abrigo, el gorro, los guantes, ella siente calor; se siente libre.

## INVENCIBLES

Ainhoa Zuluaga Martín

Llegó al estadio de San Mamés de la mano de su madre, y en la otra una pelota de cuero. Vestía camiseta rojiblanca y botas multitacos. Era el momento tantas veces soñado por ella: el Athletic femenino había llegado a la final de la Champions, un verdadero éxito del fútbol vasco.

Se jugaba la final contra un Paris Saint-Germain que, además de multiplicar por cien el presupuesto local, tenía en sus filas a la mejor portera del mundo, Aintzane Murua, formada en la cantera del Athletic y el fichaje más caro de la potente liga francesa. Por ello, el duelo tenía doble interés y las aficionadas se agolpaban tras la cinta de plástico, NO PASAR, en el pasillo que iba desde la sala de prensa al túnel de vestuarios. Madre e hija se posicionaron para conseguir el preciado autógrafo.

-Ya verás cuando me vea, qué alegría... hemos entrenado tantas horas juntas, tantos partidos; de niñas en el equipo del barrio y más mayores jugando en segunda división... -le contaba por milésima vez a su hija-. La *Viuda Negra* era su mote... una araña depredadora que paraba balones imposibles y no dejaba que llegaran al fondo de su teleraña... En el campo vestía de riguroso negro, salvo las botas de colores chillones, veneno para disuadir al enemigo... Tenía los ojos verdes achinados que brillaban en su redondo rostro y le conferían la belleza exótica de una india; calzaba la talla 45 y su mano era el doble que la mía y cuatro veces la tuya...

-¿Es una gigante? -preguntó la hija con asombro.

-Apenas supera el metro setenta, pero en la portería infunde miedo al contrario y seguridad a su equipo. De hecho, que yo recuerde, nunca la he visto perder una tanda de penaltis... El truco, según ella me contó, es la paciencia:



fijarse en los detalles, en las miradas, en la posición de la cadera de la lanzadora y no ponerse nerviosa, tirarse justo antes, nunca después de que el balón haya salido del punto de penalti.

La hija escuchaba boquiabierta y expectante.

-Aintzane y yo teníamos una conexión especial... Yo era delantera, no muy técnica, pero eficaz, y una sola mirada de soslayo era suficiente para ponérmela en largo, a la espalda de las defensoras y correr... En unos campeonatos, en el reverso de la foto de equipo, me escribió: *Para la futura bota de oro*. Ya sabes, la foto que tengo enmarcada en la salita... –la madre hizo una pausa y continuó-: Y acabamos en segunda: los entrenamientos a la luz de la luna... el equipo, un único ser formado de heroínas insaciables de victorias que trascendía a cada una de nosotras... heroínas de pies de barro... - la madre se quedó mirando al vacío, olvidando por un instante a su interlocutora-. Y entonces nació tu hermana y tuve que dejarlo... Y a Aintzane la llamaron al Athletic de Primera División. -La madre suspiró y se quedó en silencio unos segundos hasta que volvió a reaccionar-. Venga hija, dale toques al balón; siempre que tengas oportunidad, aprovecha...

La hija no muy convencida empezó a dar toques: uno, dos, tres y al cuarto estaba corriendo detrás del balón. A la niña le gustaba el fútbol, pero lo que verdaderamente la hacía feliz era imitar o crear a escondidas coreografías de baile que encontraba por internet. No quería decepcionar a su madre y siguió dando toques para ser futbolista, al igual que lo había sido su abuelo, su padre, su madre, su hermana y ahora ella.

-Solo tienes que practicar todos los días... –continuó la madre.

Se oyeron murmullos a la entrada del pasillo. La cancerbera apareció entre un enjambre de periodistas y fotógrafos, esbelta, con el pelo suelto azabache y hablando por el móvil. Su madre empezó a gritar y a agitar los brazos:

“¡Aintzane! ¡Aintzane!” Ella la miró, frunció el ceño como tratando de recordar, pero enseguida sacó un dedo indicando que esperásemos un minuto.

La niña se quedó mirando alternativamente a la estrella del fútbol que seguía hablando por el móvil y a su madre que la miraba hipnotizada. Los minutos le parecieron horas y se dio cuenta de que los ojos de la *Viuda Negra* no eran verdes como decía su madre sino marrones, como los de ella.

-¡Mamá! –le dijo acercándole el balón-. Yo no quiero que ella me lo firme... Quiero que me lo firmes tú... Eres la mejor...

La madre se agachó a su altura y sonrió; sacó el rotulador del bolso y escribió: *Para la futura bota de oro* y su firma. Salieron de la mano hacia las gradas.

-La verdad es que no era tan buena con los pies. Todos los partidos tenía que hacer algún “regalito”... Esperemos que hoy también... Porque este año sí, de este año no pasa, este año sacamos La Gabarra –dijo la madre guiñándole un ojo.



## ÍNDICE

<b>Carmen Camarero de la Torre</b>	
El duelo	9
<b>Teresa Dacosta Simón</b>	
La inquietud	11
<b>Nilda Diarte Aguilera</b>	
La nada	13
<b>Sonia Fernández Mardones</b>	
La naturaleza de la existencia	16
<b>Maribel García Rodríguez</b>	
Ligerezas reflejas	19
<b>Begoña Gómez Saiz</b>	
El romance de las esdrújulas	22
<b>Grizzel Mayea Rosa</b>	
Mujeres del mundo	24
<b>Mercedes Menéndez Aguirre</b>	
Amanecer en el mar	27
<b>Charo Vázquez Alonso</b>	
Jarabe de mentira	30
<b>Txema Olleta</b>	
El susurro infantil de la noche	33
<b>M<sup>a</sup> Ángeles Villanueva Moreno</b>	
El sollozo y la espera	36
<b>Ainhoa Zuluaga</b>	
Invencibles	38